

SUGERENCIAS Y PROPUESTAS PARA LA CUARESMA

J. LLIGADAS

Aunque no tenga prácticamente resonancia social (a diferencia del Adviento y la Navidad), el tiempo de Cuaresma es un tiempo muy arraigado en el pueblo cristiano. Y cada vez está también más arraigada la conciencia de que la Cuaresma tiene su sentido en tanto que preparación de la Pascua. Pero aun así, es importante esforzarse para que los signos y las actividades ayuden a vivirla con intensidad. De lo contrario, podríamos pasar las semanas sin darnos cuenta y llegaríamos a la Pascua sin la necesaria preparación. Aquí resaltamos algunos puntos que pueden ayudar, tanto a nivel directamente litúrgico como también de vida cristiana en general:

1- Ambientación de la Iglesia: centrarse en lo esencial. La ambientación de la iglesia durante la Cuaresma debe ser austera (por ejemplo sin flores el altar). Pero no porque la austeridad ambiental sea un valor en sí misma, sino porque se trata de centrarnos en lo que es verdaderamente esencial. Será una ocasión para destacar lo que siempre es fundamental en el lugar de la celebración cristiana: el altar para la Eucaristía y el ambón para la Palabra de Dios. Algún póster y algún paño morado también podrán contribuir a esa ambientación.

2 - La cruz es un punto de referencia todo el año, pero especialmente durante la Cuaresma. Será conveniente resaltar una en el presbiterio, significativa y bien iluminada. Si el presbiterio es de dimensiones reducidas, colocar en él la cruz grande que quizá tengamos al final de la Iglesia puede resultar excesivo. Pero tampoco sería conveniente limitarse a una mini-cruz como las que a menudo hay en nuestros presbiterios.

3 - La entrada de la misa. Es muy importante que el inicio de la celebración dominical ayude a experimentar muy claramente que nos encontramos de lleno en el tiempo cuaresmal. La posibilidad más habitual será cantar un canto de entrada propio de Cuaresma, más bien largo, y que se repita cada domingo para resaltar la unidad del tiempo; durante este canto, se podría hacer la entrada con la cruz y el evangeliario (o leccionario).

4 - El acto penitencial. Habría que darle relieve durante estos domingos (y, en cambio, sustituirlo por la aspersion del agua durante los domingos de Pascua: una y otra forma contribuirán a combatir la rutina frecuente del principio de la misa y así diversificar las celebraciones). Una forma de darle ese relieve será hacer suficientemente largo el silencio de este momento: durante el tiempo cuaresmal, ese silencio debe tener “realidad”, y no reducirlo, como ocurre a menudo, a una mínima pausa que lo convierte en un rito desprovisto de sentido.

5 - Aclamación después del evangelio. El aleluya no se canta durante estas semanas (hasta el solemne de la Vigilia Pascual, para ser luego el canto típico de todos los domingos de Pascua). Pero no habrá por ello que omitir después de la segunda lectura la aclamación breve y vibrante al evangelio.

6 - Un salmo después de comulgar. Para ayudar al clima de oración propio de este tiempo, se puede introducir la práctica de rezar, después del silencio de la comunión y

antes de la poscomunión, un salmo entero o una parte. Lo puede recitar un lector (sin ninguna introducción, sin que la asamblea se una a él con ninguna antífona, y sin gloria final: la asamblea se une con su silencio), o puede recitarlo toda la asamblea. Se pueden encontrar algunos más adelante en este subsidio.

7 - La misa diaria. Sería conveniente invitar a todos aquellos que les sea posible a participar de la misa diaria durante la Cuaresma. Se puede recomendar también a los que no puedan participar de la misa que lean en su casa las lecturas de cada día, en alguna de las publicaciones que las ofrecen.

8 – Otros encuentros litúrgicos y de oración. Será deseable instaurar durante la Cuaresma, allí donde aún no sea costumbre, el rezo de la Liturgia de las Horas: por ejemplo, los días laborables antes de la misa, o como rezo independiente; por ejemplo también, celebrar con mayor solemnidad las vísperas los domingos por la tarde. En algún lugar se ha convertido en tradición convocar a los fieles por ejemplo cada miércoles a rezar vísperas y cada viernes para el vía crucis. Respecto al vía crucis, es conveniente revisar de vez en cuando la forma de hacerlo: superar la rutina, buscar textos variados y adecuados...; sin intentar, sin embargo, revitalizaciones nostálgicas que no funcionarían: por ejemplo, si la costumbre es hacerlo discretamente dentro de la iglesia, no tiene mucho sentido intentar ahora resucitar el vía crucis por la calle. Y también hay otras posibilidades: convocar un encuentro semanal de oración, a base de lecturas, cantos, silencios; organizar un retiro parroquial; preparar especialmente una celebración de la Eucaristía una vez por semana un día laborable...

9 - Colocar la Cuaresma en la vida. En todo lo que llevamos dicho, debe notarse que estamos en la Cuaresma de este año concreto y no en una Cuaresma fuera del tiempo: en las homilías, en las plegarias, pero también, por ejemplo, añadiendo algún testimonio (breve) de pecado personal o colectivo, o alguna (también breve) propuesta concreta de conversión; o bien montando una exposición al final de la iglesia sobre algún tema de lo que ocurre a nuestro alrededor o en nuestro mundo, y que sea una llamada a la conversión.

10 - El programa cuaresmal de cada uno. Este es uno de los elementos importantes para que la Cuaresma no “pase de largo” en la vida de los cristianos. Por lo cual, será conveniente repetir a menudo la invitación a que cada creyente se haga su propio “programa cuaresmal”, que contendrá, por una parte, la reflexión sobre cómo hacer algún progreso de vida cristiana y de fidelidad al Evangelio y, por otra, algún acto que intensifique durante este tiempo la proximidad a Jesucristo. Los tres aspectos de la limosna, el ayuno y la oración son tres buenas guías en este camino.

11 - Y la conversión comunitaria, parroquial. La Cuaresma no es sólo un tiempo de conversión individual, también es un tiempo de conversión eclesial. Por eso será deseable que a nivel de comunidad parroquial nos paremos a ver en qué deberíamos convertirnos, tanto respecto al funcionamiento interno como hacia afuera. Y concretarlo de algún modo visible: en algo que nos ayude a ser más cristianos (iniciar algún encuentro periódico de oración, formación...), en algún cambio en la organización de las responsabilidades, en alguna acción colectiva de concienciación y de ayuda (que implique algún tipo de “ayuno”, si puede ser), en el hermanamiento con alguna parroquia necesitada, en la organización de unas sesiones de conocimiento de nuestro barrio o pueblo preguntándonos cómo estamos presentes en él...

UNA CUARESMA PROGRESIVA

Todos estos elementos con los que nos ayudamos a vivir la Cuaresma deben utilizarse, sin embargo, teniendo en cuenta que este tiempo tiene un progreso y un objetivo. El objetivo, naturalmente, es la Pascua, y debe notarse desde el principio. Y el proceso viene marcado por las distintas etapas que la propia organización litúrgica del tiempo ya resalta: los dos primeros domingos y los tres siguientes; la proximidad de la Pasión que se vive en la quinta semana; y finalmente, la Semana Santa.

Habrá que tener en cuenta esta dinámica, y aprovechar su riqueza.

1) El horizonte de la Pascua

Muchos elementos pueden hacernos notar que caminamos hacia la Pascua. Uno importante será, naturalmente, mencionarla durante la Cuaresma. Y, concretamente, mencionar las celebraciones que culminarán el camino cuaresmal: a lo largo de la Cuaresma deberíamos referirnos de vez en cuando a las celebraciones y a los ritos del Triduo Pascual y de la Pascua: lavatorio de los pies, adoración de la cruz, luz y fuego en la noche pascual, bautismo (y aspersión durante la cincuentena), Eucaristía pascual.

Será asimismo importante dedicar una parte de nuestros esfuerzos cuaresmales a preparar una buena celebración de los días centrales de la muerte y la resurrección del Señor: poner carteles anunciando los horarios del Triduo un cierto tiempo antes (por lo menos en el quinto domingo), reunirse con tiempo los responsables de las celebraciones para “empaparse” de los ritos, revisar cómo fue el año anterior y ver qué se podría mejorar, ver si hay que comprar un recipiente nuevo para la bendición del agua de la Vigilia Pascual, o una casulla roja más digna para el Viernes Santo...

Y finalmente, será importante también que, durante la Cuaresma, se planifique el conjunto del tiempo de Pascua tanto con el equipo de liturgia como con el consejo parroquial y los distintos responsables de la pastoral. Y que esa planificación se vaya anunciando ya.

2) El impulso de la segunda etapa cuaresmal

La primera parte de la Cuaresma (domingos 1 y 2) y la tercera (domingo de Ramos) leemos cada año en el evangelio las mismas escenas presentadas por un evangelista distinto. La segunda parte, en cambio, que ocupa los domingos 3, 4 y 5, tiene cada año un tema propio: en el ciclo A, los evangelios bautismales; en el ciclo B, Jesús que se encamina hacia la cruz; y en el ciclo C, un tema muy lucano: la llamada a la conversión y el anuncio de la misericordia de Dios. Vale la pena aprovechar el inicio de la segunda etapa cuaresmal para dar un nuevo impulso a nuestro camino de preparación de la Pascua. Porque, con lo rápido que pasa el tiempo, podría ocurrir que a estas alturas aún no nos hubiésemos animado a marcarnos algunos objetivos personales que nos hagan vivir la conversión que la Pascua nos pide. El tercer domingo, por tanto, es un toque de atención que deberíamos intentar vivir personalmente y transmitir en la celebración. Aprovechando lo que dice la oración colecta del día (“Señor, Padre de misericordia y origen de todo bien, que aceptas el ayuno, la oración y la limosna como remedio de nuestros pecados...”), nos podemos preguntar: ¿qué ayuno, qué oración, qué limosna estamos haciendo para revitalizar y renovar nuestra vida cristiana?

Y ese impulso se puede traducir también en añadir este domingo algunos elementos nuevos de ambientación de la iglesia. Por ejemplo, un cartel que invite a

participar de la Vigilia Pascual. O unas frases sacadas de los tres evangelios de estos tres domingos. O algún símbolo material (unas cadenas rotas, una jarra de agua y un pan para el camino...). También se podría repartir el tercer domingo una estampa que recuerde el camino que estamos haciendo e invite a no dejar pasar en vano este tiempo de gracia: que invite a tomarse en serio el propio “programa cuaresmal”.

En el ciclo A, el de los evangelios bautismales, se puede resaltar su sentido colgando un póster nuevo cada uno de estos tres domingos (sin quitar los anteriores): domingo 3, “Jesús, fuente de agua viva”; 4, “Jesús, luz del mundo”; 5, “Jesús, resurrección y vida”. Y, al terminar la misa, repartir un recordatorio con un título repetido cada domingo: “Hacia la Pascua”; y debajo del título, el domingo 3 poner el versículo de Juan 4,14, el domingo 4, Juan 9,11, y el domingo 5, Juan 11,25. También puede ser una ocasión de preguntarse por el estado de la pila bautismal y ver si habría que mejorarla.

3) La quinta semana de Cuaresma

La quinta semana de Cuaresma, la última antes de la Semana Santa, tenía antiguamente un nombre propio (semana de Pasión) y unas características muy visibles: la más destacable, el cubrimiento de las imágenes.

Ahora ya no es así, pero sin embargo sí hay algunos elementos peculiares que le dan un carácter propio: se dice todos los días el prefacio I de la Pasión, los evangelios ofrecen cada día situaciones de conflicto de Jesús con los judíos, las primeras lecturas y los salmos alternan situaciones de conflicto y promesas de vida nueva...

Habría que acentuar, por tanto, todos estos aspectos que nos acercan a la Semana Santa: en la selección de cantos, en la homilía, en el tono general de toda la celebración. Así, los que participan de la misa diaria vivirán más intensamente toda la riqueza que el camino cuaresmal ofrece.